

# AMOR DE GORILA

José Luis Rebordinos

El King-Kong Zinema Taldea nació hace dieciséis años. Todavía recuerdo el día en que un amigo me propuso la idea de poner en marcha un cine-club en Rentería. Tenía buenos contactos en el Ayuntamiento, que podían posibilitar la obtención de una subvención. Y la verdad es que todo fueron facilidades. Juntamos un grupo de personas interesadas en el proyecto y elaboramos un programa con su correspondiente presupuesto. Tras unas sencillas negociaciones, el King-Kong Zinema Taldea pudo proyectar su primera película, que fue *Tiburón*, de Steven Spielberg. El primer local en el que se realizaron las proyecciones fue el Salón de Actos de la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa. Después, con el paso de los años, vendrían el Cine Alameda/Cine del Batzoki, la sala de la Parroquia de Capuchinos o el Salón Victoria. En la primera sesión no conseguimos llegar a los cien espectadores; en las últimas, la media llegó a ochocientas personas, repartidas entre las tres sesiones que se programaban cada viernes en el ya desaparecido Cine Salón Victoria.

Cuando me han solicitado unas líneas sobre lo que fue aquel proyecto de cine-club, he intentado recuperar la memoria con la intención de rememorar de una forma objetiva aquellos días. Pero creo que esto ya nunca me será posible. Me cuesta poder valorar hasta qué punto fueron importantes para Rentería, pero lo fueron mucho para mí y determinaron en gran medida mi vida futura. Por eso, las líneas que siguen son mi visión personal, la visión de una de las personas que trabajó y defendió durante años un proyecto en el que creía con verdadera pasión.

El King-Kong Zinema Taldea fue desde el principio un cine-club atípico. El grupo de trabajo no era un grupo homogéneo, ni siquiera todos estábamos allí por nuestro interés por el cine. Con la perspectiva que da el tiempo pasado, pienso que lo que en realidad nos unía era una forma de enfrentarnos a la vida. A pesar de nuestras diferencias ideológicas, que las había, estábamos de acuerdo en algunas premisas básicas, que eran fruto más del sentimiento que de la reflexión. Como hijos bastardos del 68, que nunca lo vivimos pero que siempre lo tuvimos presente, aquellos días fueron para nosotros días de "amor y de rabia". De amor, porque íbamos descubriendo con pasión las cosas más hermosas de la vida. De rabia, porque con la ingenuidad que nos daba nuestra corta edad, estábamos convencidos de que las cosas que no nos gustaban podían cambiarse. Como en el 68, diez años después, seguíamos intentando "ampliar el campo de lo posible" y queríamos contribuir a lograr una sociedad más tolerante, más justa y más humana. El cine era un arma ideológica, un instrumento que nos permitía incidir en la realidad de todos los días de nuestro pueblo.

Pero al mismo tiempo, el cine era, también, un espectáculo. Era ese lugar al que, como decía Fernando Savater en un texto muy hermoso, volvíamos una y otra vez para recuperar nuestro "amor de gorilas", para recuperar, de alguna forma, lo mejor de nosotros mismos. Esta dimensión tampoco podíamos olvidarla, porque queríamos acercar a los jóvenes del pueblo al cine, queríamos demostrarles que éste podía ser un maravilloso compañero de viaje que ofrecía muchísimas y variadas posibilidades.

Y con estas premisas fuimos diseñando ciclo tras ciclo, proyección tras proyección. Por eso, lo mismo se programaba *1941*, de Steven Spielberg, que *Tres hombres malos*, película muda de John Ford. Y la fórmula funcionó y dio excelentes resultados. La media de espectadores fue subiendo de forma progresiva y en el momento en el que, al cerrarse el Salón Victoria, el cine-club desapareció, el número de espectadores que asistía a cada sesión era el mayor que habíamos tenido nunca.

Pero no fue sólo este contraste en las películas programadas lo que caracterizó al King-Kong Zinema Taldea. Fue un cine-club que intentó, en todo momento, utilizar el cine para fomentar el debate, el intercambio de opiniones y de ideas. En una época convulsa, en un pueblo muy vivo y lleno de contradicciones, intentamos que el cine canalizara, también, la discusión de los



temas que estaban en la calle. Y si de algo, con el paso de los años, me sigo sintiendo orgulloso, es del respeto con el que siempre nos enfrentamos a las personas o con el que siempre intentamos tratarlas. Si en algún momento pudimos ofender o molestar a alguien, aprovecho estas líneas para pedirle mis disculpas. Entonces, al igual que hoy en día, creo que hay que defender para la cultura el papel que defendía para ella Pier Paolo Pasolini: el de agitadora incansable de las ideas, el de generadora de contradicciones que permitan el contraste y la síntesis posterior. Sólo desde la negación de la inmovilidad se puede avanzar asumiendo de forma positiva lo mejor del pasado. Y por ello, intentamos siempre crear contradicciones, desdramatizar con humor y de forma irreverente cualquier idea que pareciera intocable, que fuera considerada incuestionable.

Estos planteamientos nos ocasionaron diversos enfrentamientos a lo largo de los años. Fuimos expulsados del Cine Alameda/Cine del Batzoki, por programar una sesión doble con una película dedicada al tema de la homosexualidad y otra al del lesbianismo. Colocamos por el pueblo carteles alusivos a la homosexualidad del santo Sebastián (proyectamos *Sebastián*, de Derek Jarman, entonces película escándalo, que con el paso de los años la ha proyectado hasta TVE a la hora de la cena), así como dibujos del dibujante de cómic Guido Crepax, que mostraban a dos hombres o a dos mujeres haciendo el amor. La reacción de mucha gente fue terrible. Arrancaban los carteles con rabia y odio. Y es que el sexo, y sobre todo sus variantes consideradas “perversas”, a pesar de la tolerancia con que parece tratarse desde las instancias de los poderes democráticos, sigue siendo un revulsivo eficaz y el mejor generador de contradicciones, en una sociedad que sólo lo soporta, siempre que se mantenga en el espacio previamente acotado para él. De nuevo Pasolini: “La única tolerancia

posible es aquella que no tiene límites: si se plantea un límite cualquiera a la tolerancia, ésta, fatalmente, no constituye otra cosa que una forma enmascarada de represión, es decir, una represión más total (...). Los artistas tienen que producir –y los críticos que defender, y todos los demócratas que apoyar con una lucha decisiva llevada en la base– obras extremistas deliberadamente inaceptables incluso para las más amplias miras del nuevo poder, desenmascarando así los fines puramente económicos que prevén una liberalización del sexo”. Al día siguiente de las proyecciones, nos llamaron del Batzoki para comunicarnos que habíamos sido expulsados de su local. Con el paso del tiempo, volvimos a proyectar allí alguna otra sesión. Sin embargo, a pesar de la expulsión y de las diferencias ideológicas brutales que me separaban –y me separan todavía hoy– de las personas del Batzoki con las que traté entonces, guardo de ellas un grato recuerdo.

Otra sesión conflictiva fue la de *Senderos de gloria*, de Kubrick. Planteamos un debate posterior sobre el tema del militarismo, al que invitamos a todos los grupos políticos del pueblo. Esta proyección la recuerdo con bastante tristeza. No sólo por el duro enfrentamiento –lógico, por otra parte– entre los participantes, sino porque se apuntaban ya algunas de las características del futuro que nos está tocando vivir. Un futuro en el que un gobierno socialista encarcela a jóvenes por el único delito de negarse a participar en el entramado militar. Un futuro en el que la organización ETA intenta imponer su voluntad a sangre y fuego por encima de la del pueblo al que dice defender. En esta época confusa en la que vivimos, en la que muchos ciudadanos piensan que da lo mismo una opción política que otra, estoy convencido de que los insumisos, los que se niegan a aceptar el fascismo cotidiano de lo militar, están ayudando con su esfuerzo y, en muchos casos, con su sacrificio a crear una sociedad más libre y más humana.



Pero no todo fueron conflictos y enfrentamientos en la historia del King-Kong. Uno de los proyectos más interesantes que intentó poner en marcha, la Semana de Cine de Terror, sólo conoció dos ediciones (una noche especial y la Semana propiamente dicha), ya que nació justo antes del definitivo cierre del Salón Victoria como cine. Aquello fue una auténtica fiesta, en la que nos vimos desbordados por la gran cantidad de personas que querían asistir a las proyecciones. Dieciséis años después, no hace todavía dos meses, me encontré con una persona de Mondragón que había asistido a la Noche de Terror y que guardaba de ella un grato recuerdo. Con ese recuerdo me gustaría terminar estas breves y un tanto caóticas líneas. Con el recuerdo de una sala de cine llena de espectadores, disfrutando de las imágenes y los sonidos que otros han creado para ellos. Con el recuerdo de todos nosotros en el Salón Victoria, un cine ya para la memoria, intentando recuperar nuestro “amor de gorilas”.

